

Javier GÓMEZ DíEZ, *El impacto de las religiones indígenas americanas en la teología misionera del s. XVI*, Desclée de Brouwer («Religiones en Diálogo-Teoría», 4), Bilbao 2000, 268 pp.

Se publica este libro en la colección «Religiones en Diálogo» de la Universidad Pontificia Comillas de Madrid y, dentro de ella, en la sección dedicada a la Teoría. El autor, profesor de historia en la Universidad de Comillas y en el Centro Universitario Francisco de Victoria, de Madrid, estudia el encuentro de los evangelizadores de la América española del siglo XVI con las religiones indoamericanas y su impacto en la teología misionera. Investiga esos temas en teólogos y cronistas americanos, especialmente en José de Acosta.

El descubrimiento de América supuso, para los europeos, afrontar un continente que no entraba en los esquemas de lo conocido; por ello lo denominaron Nuevo Mundo. La naturaleza, los hombres que la poblaban y las culturas que encerraba no tenían modelos de referencia en los escritores de la Antigüedad clásica y del Occidente cristiano. Ante ello, según Gómez Díez, el pensamiento católico del XVI se enfrentó con tres retos. La falta de referentes en los autores de la cultura occidental, reconocidos como «autoridades», tuvo que ser sustituida por un conocimiento puramente empírico.

La diversidad de los hombres americanos implicó así mismo una dificultad para las explicaciones monogenistas. Todos los testigos que atravesaron el Atlántico reflejan esa diversidad. Obviamente, los teólogos y cronistas apostaron por el monogenismo y apuntaron diversas soluciones para entroncar a los amerindios con los descendientes de Adán y para explicar el poblamiento del Nuevo Mundo. Algunos trataron de engarzar lo nuevo con el mundo clásico. Acosta, es el autor que por vez primera sistematiza los niveles de las culturas antiguas insertando a las americanas entre ellas.

El tercer reto, y el más insidioso, fue el hallazgo de multitud de pueblos que habían vivido durante quince siglos al margen de la Revelación. Esto planteaba un serio interrogante al providencialismo histórico, imperante en la teología cristiana desde Agustín de Hipona. A este tema teólogos, evangelizadores y cronistas americanos dieron tres respuestas: una supuesta predicación apostólica en América (Ramos Gavilán y Antonio Calancha); otros (Mendieta) afirmaron que América recibía el Evangelio por vez primera en la Edad Moderna, y se limitaron a señalar que los caminos divinos son inescrutables; Acosta y Anello Oliiva dieron un paso adelante, y sostuvieron que la sabiduría providente de Dios en la evangelización de América se manifestó en la elección del momento en que debían llegar los cristianos: cuando en América se hubiesen constituido grandes imperios, como antes el Imperio Romano, que facilitase la expansión del cristianismo.

Se echa en falta otro argumento providencialista esgrimido por los cronistas, particularmente por Mendieta: la voluntad divina de compensar con la Iglesia americana a una cristiandad mermada por el luteranismo, tesis que el cronista minorita apoyaba en la coincidencia de fechas (1485) entre el nacimiento de Cortés y de Lutero y, al otro lado del Océano, la «consagración» del Templo Mayor de México.

Las religiones indígenas fueron vistas por los escritores del XVI en doble perspectiva: para unos manifestaban huellas de la primitiva revelación, serían los *semina Verbi* de que hablaron ya Motolinía y Mendieta. Para otros autores, las manifestaciones religiosas ameri-

canas eran acciones demoníacas. Muchos autores combinaron ambas explicaciones al plantear el origen de las religiones americanas. Así Acosta que, aunque se inclina por la intervención demoníaca, no deja de apreciar los restos de una religión natural, fruto del primer conocimiento de Dios, entre los americanos.

Gómez Díez destaca la importancia concedida por teólogos y cronistas a la idolatría demoníaca y, en un momento del discurso, la enlaza con las tesis bíblicas sobre el pecado de idolatría (p. 165). A mi entender, este horizonte veterotestamentario que hereda el cristianismo, es un punto clave para captar el impacto de las religiones americanas en la teología del XVI, tema que esta monografía se había propuesto. Por ello, merecería un desarrollo mayor y más central, que aclararía muchos de los juicios sostenidos por teólogos, misioneros y cronistas. Es más, también aportaría una buena perspectiva de fondo al examinar en el capítulo VIII los temas «Redención» y «esfuerzo evangelizador». Otro tema importante y que, tal vez en un estudio posterior, podría desarrollarse con mayor amplitud es el ya apuntado de los *semina Verbi* y su percepción por la teología académica del momento.

El A. contrapone teología académica a la teología misional. Y lo hace en el contexto del debate acerca de la salvación de los paganos que se remonta ya a Agustín de Hipona. Como se sabe, la primera generación salmantina se mostró unánime en este punto, discrepando de la posición que sostendría años después José de Acosta. Es la polémica sobre la necesidad de medio (o no) del acto de fe explícito (o implícito) en la divinidad de Jesucristo. Acosta se apartó de los primeros maestros salmantinos y apostó por la necesidad de conocer expresamente a Cristo para salvarse. Aunque la posición acostiana pueda parecer, a priori, un tanto rigorista, es más consecuente que la doctrina salmantina, que postula como dos formas de fe: una primera fe para la justificación y una segunda fe para la salvación..., lo cual resulta un tanto pintoresco, si se contempla a la luz de la tradición de la Iglesia y, sobre todo, tridentina.

Otro tema estudiado por Gómez Díez es el tan debatido «éxito» de la evangelización. Siguiendo la metodología con que encara el trabajo, apunta tres respuestas en los autores estudiados: el optimismo de los misioneros mexicanos de primera hora: Motolinía, Mendieta (quien clama por la continuidad de lo logrado ante el debacle demográfico de los indígenas que presencia); el pesimismo más radical, que vendría representado por Las Casas, Sahagún y por el cronista peruano Bartolomé Álvarez; y la tesis equilibrada de Acosta.

Gómez Díez ha sabido divulgar un tema de gran interés, no sólo para el historiador de la teología, sino también para los lectores cultos curiosos por conocer los primeros pasos de la evangelización americana. El resultado es un libro lúcido y de lectura muy amena.

Elisa LUQUE ALCAIDE

Andrew GREELEY, *The Catholic Imagination*, University of California Press, Berkeley 2000, 23 ilustraciones en b/n, 213 pp.

En un estudio sobre la imaginación analógica, David Tracy observó que los artistas y teólogos católicos tenían una tendencia a subrayar la presencia de Dios en el mundo mien-